

por sus guardias. Varios hombres conducirán en seguida efígies de cartón, tamaño natural. Las unas representarán á los que han muerto en la prisión, cuyos huesos se llevarán también dentro de cofres con llamas pintadas á su alrededor, y las otras figuras representarán á los evadidos y á los que habrán sido juzgados en rebeldía. Se pondrán estas figuras en una de las extremidades del tablado. En seguida se leerá su sentencia y serán ejecutadas. Pero debo deciros, añadió quien esto me refería, que el Consejo Supremo de la Inquisición es más absoluto que todos los demás. Hay el convencimiento de que el mismo Rey no tendría poder para amparar á los que hubieran sido denunciados, porque este tribunal sólo reconoce sobre sí la autoridad del Papa, y ha habido tiempos y ocasiones en que el poder del Rey se ha visto más débil que el de la Inquisición. D. Diego Sarmiento es inquisidor general. Es un hombre muy de bien; tendrá unos sesenta años. El Rey nombra al Presidente de la Inquisición y Su Santidad le confirma; pero respecto á los inquisidores, el Presidente los propone al Rey y después de haber obtenido su aprobación les confiere su cargo.

El tribunal juzga de todo cuanto concierne á la fe, y está en absoluto revestido de la autoridad del Papa y la del Rey. Sus fallos no tienen apelación, y los veintidós tribunales de la Inquisición que existen en todos los Estados de España, y que dependen del de Madrid, le dan cuenta todos los meses de sus fondos y todos los años de las causas y de la existencia de los criminales. Pero los de las Indias y de los demás puntos lejanos no rinden cuentas sino al fin de cada año. Respecto á los cargos de estos tribunales inferiores, provéense por el inquisidor general, con la aprobación de los consejeros. Sería bastante difícil poder decir precisamente el número de oficiales que dependen de la Inquisición, pues tan sólo en España hay más de veintidós mil familiares del Santo Oficio. Llámense así porque son como espías difundidos por todas partes, que dan sin cesar á la Inquisición avisos verdaderos ó falsos, en virtud de los cuales préndese á aquellos á quienes acusan.

Mientras escuchaba yo á D. Fernando con la mayor aten-

ción, la Marquesa de Palacios nos interrumpió para decirnos que estábamos cerca de Toledo, y que los restos antiguos de un viejo castillo que veíamos á la izquierda sobre una pequeña colina eran los de un palacio encantado.—Hétenos aquí otra vez, dije en voz baja á D. Fernando, en los castillos de Guevara y de Nios.—Estaremos donde gustéis, dijo; pero es cierto que ésta es una tradición antiquísima en este país. Preténdese que había allí un subterráneo cerrado, y una profecía amenazaba á España con las mayores desdichas cuando se abriera esa cueva; cada cual, espantado con tales amenazas, quería no atraer sobre sí sus efectos. Por lo cual este sitio permaneció cerrado durante siglos. Pero el Rey D. Rodrigo, menos crédulo ó más curioso, hizo abrir el subterráneo, no sin que al hacerlo se oyeran espantosos ruidos. Parecía que iban á confundirse todos los elementos y que la tempestad no podía ser más grande. Esto no fué óbice para que descendiera allí, y á la claridad de varios blandones vió figuras de hombres cuyas vestiduras y armas eran extraordinarias. Había uno que tenía una placa de cobre, sobre la cual se halló escrito en árabe que estaba cercano el tiempo de la desolación de España, y que no tardarían en llegar aquellos cuyas efigies estaban en aquel sitio.—No he estado nunca en punto alguno—dije riendo—donde se haga más caso de los cuentos fabulosos que en España.—Decid más bien—replicó él—que jamás hubo dama menos crédula que vos, y conste que no me propuse haceros cambiar de sentir al relataros esta historia. Pero en tanto pueda sostenerse y afirmarse alguna cosa bajo la fe de los autores, ésta será digna de crédito.

El día estaba bastante avanzado para poder notar bien todos los encantos de la campiña. Cruzamos el Tajo sobre un hermoso y ancho puente, de que me habían hablado, y en seguida divisé á Toledo rodeado todo él por montañas y rocas que le dominan. Encuéntrense allí casas muy bellas, edificadas en los montes para disfrutar de una grata soledad. El Arzobispo de Toledo tiene una, donde va con frecuencia. La ciudad álzase sobre la roca, cuya desigualdad en algunos sitios contribuye á hacerla alta y baja. Las calles son estre-

chas, mal empedradas y difíciles, lo cual hace que todas las personas de calidad vayan en silla ó en litera. Y como nosotros íbamos en carroza, fuimos á parar cerca de la plaza Mayor, pues es el único barrio por donde se puede pasar en carruaje. Al llegar bajamos al hospital de Foira, que está en las afueras, y cuya fábrica forma tres costados de un grandísimo patio rectangular, que la iglesia lo cierra por completo con una de sus fachadas; en esta iglesia oímos misa. El hospital fué construído por un Arzobispo de Toledo, cuya tumba con su estatua de mármol está en medio de la nave. Las murallas de la ciudad fueron reconstruídas por los moros, y hay por ella esparcidas gran número de torres pequeñas que en otro tiempo servían para su defensa; la plaza sería fuerte, estando casi toda circunvalada por el Tajo y teniendo fosos en extremo profundos, si no la dominasen las vecinas montañas, pues con facilidad se la puede batir desde ellas. No eran las ocho cuando llegamos. Quisimos emplear el resto de la mañana en ver la catedral que, según dicen, es una de las más hermosas de Europa. Los españoles la llaman santa, sea por causa de las reliquias que allí se ven ó por cualquiera otra razón que no me han explicado. Si fuera tan profunda y tan alta como ancha es, pareciérame inmejorable. Adórnanla varias capillas tan vastas como iglesias. En todas ellas deslumbran el oro y las pinturas. Las principales son las de la Virgen, Santiago, San Martín, la del Cardenal Sandoval y la del Condestable de Luna. Vi en el coro un nicho, de donde, según dicen, brotó una fuente de agua varios días seguidos, sirviendo para extinguir la sed de los soldados y ciudadanos durante el tiempo en que sostenían el asedio contra los moros, y estaban medio muertos de sed. Sin apartarme de mi relato, debo decir que no hay ni una fuente en la ciudad y que es preciso bajar hasta el Tajo para tener agua, lo cual es una cosa tan incómoda que no puedo comprender cómo está Toledo tan poblado. Próximo á la entrada de la iglesia encuéntrase un pilar de mármol que allí se reverencia porque la Santa Virgen se apareció sobre él á San Ildefonso. Entá encerrado dentro de una verja de hierro, y se le besa por una ventani-

lla, encima de la cual está escrito: *Adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus*. Entre cada dos sillas de coro de los canónigos hay una columna de mármol, y la escultura de toda la iglesia es muy pulida y bien trabajada. Vi con admiración el tesoro. Treinta hombres se necesitan para transportar el tabernáculo el día del Corpus. Es de plata dorada, termina en varias flechas de espadaña, de una labor exquisita, llena de ángeles y de querubines. Además hay otro dentro, el cual es de oro macizo, con tan considerable cantidad de pedrería que no puede estimarse su justo valor. Las patenas, los cálices y los copones no son menos hermosos. Todo ello deslumbra con grandes diamantes y perlas orientales. La custodia donde se pone el Santísimo Sacramento, las coronas de la Virgen y sus vestiduras son los objetos de mayor magnificencia que he visto en toda mi vida. Pero, en verdad, este arzobispado es tan rico que justo es que todo corresponda á él. Ya referí que el Arzobispo de Burgos me dijo que el de Toledo tenía trescientos cincuenta mil escudos de renta. Añadid á esto que su catedral tiene cien mil.

Cuarenta canónigos tienen mil cada uno; el gran arcediano, cuarenta mil, habiendo además tres arcedianatos, de los cuales el primero vale quince mil escudos, el segundo doce mil, el tercero diez mil. El dean tiene diez mil escudos.

Además hay un número infinito de capellanes, sacristanes y personas que reciben pensión.

Hay el capellán mayor de la capilla de los Reyes, que disfruta de doce mil escudos de renta; y otros seis á sus órdenes, que tienen cada uno mil escudos.

Después de haber transcurrido mucho tiempo en contemplar las bellezas de que está llena esta catedral, en el momento en que íbamos á salir para regresar á la hospedería, donde habíamos dejado nuestra carroza, encontramos á un capellán y un gentilhombre del cardenal Portocarrero, que se acercaron de parte de su señor á hacernos un cumplido y asegurarnos no permitiría fuéramos á parar á otro sitio que al arzobispado. Se dirigieron particularmente á la Marquesa de Palacios, que es próxima pariente suya, la cual nos apremió mucho á que fuésemos allí. Nos defendimos con el des-

orden en que estábamos, habiendo pasado la noche sin dormir y no estando con traje de visita. Encargó á su hijo fuera á ver al señor Cardenal y le rogase aceptara nuestras excusas. D. Fernando regresó al poco rato, seguido de gran número de pajes, algunos de los cuales llevaban quitasoles de brocado de oro y de plata. Díjonos que Su Eminencia deseaba mucho fuéramos á su alojamiento, y que había demostrado tanto pesar al conocer nuestra negativa que le dábamos, que ya le fué indispensable aceptar su ofrecimiento; que en seguida ordenó tomaran quitasoles para resguardarnos del sol, y que se regara la plaza que habíamos de atravesar para ir desde la iglesia al arzobispado. Inmediatamente vimos dos mulas que arrastraban un carrito, sobre el cual había un pipote lleno de agua. Nos dijeron que siempre que el Cardenal tenía que venir á la iglesia era costumbre regar así el camino.

El palacio arzobispal es muy antiguo y vastísimo, muy bien amueblado y digno de quien lo ocupa. Condújosenos á una hermosa estancia, adonde nos llevaron primero el chocolate y después toda suerte de frutas, vinos, helados y licores. Estábamos tan soñolientos que, después de haber comido un poco, rogamos á la Marquesa de Palacios viese al Sr. Cardenal y nos disculpara con él porque diferíamos para más tarde una visita que tanto nos honraba, pero que no podíamos pasarnos sin dormir. En efecto, la joven Marquesa de la Rosa, mi parienta, nuestros hijos y yo, tomamos el partido de acostarnos, y á la tarde nos vestimos para presentarnos al Cardenal y á la Reina madre. La Marquesa de Palacios, que le había sido siempre muy afecta, había marchado al Alcázar (así se llama el castillo) y la había visto mientras nosotras dormíamos. De manera que le dijo que nos daría audiencia hacia las ocho de la noche; y por primera vez me vestí á la española. No puedo imaginarme traje más molesto. Hay que tener los hombros tan apretados que hacen daño, no pueden levantarse los brazos y apenas pueden entrar en las mangas del cuerpo. Pusiéronme un guardainfante de tamaño espantoso (pues es preciso llevarlo en presencia de la Reina). No sabía yo qué hacer

con aquella extraña máquina. No acertaba manera de sentarme, y creo que aun cuando lo llevase toda mi vida no podría acostumbrarme á él. Me peinaron con *melena*, es decir, con todo el pelo esparcido alrededor del cuello y anudado por las puntas con galoncillos. Esto sofoca mucho más que una palatina. De suerte que fácil es juzgar cómo pasé aquel mes de Agosto y en España. Pero éste á que me refiero es un peinado de ceremonia, y era preciso que nada faltase en esta ocasión. En fin, también me puse chapines, con más riesgo de romperme la cabeza que probabilidades de andar con ellos.

Cuando todas estuvimos en estado de presentarnos, porque mi pariente y mi hija también iban á la española, hízosenos entrar en un salón de gala adonde vino á vernos el señor Cardenal. Se llama D. Luis Portocarrero, podrá tener cuarenta y dos años; es muy atento, su carácter es dulce y complaciente. Ha tomado mucho los finos modales de la corte de Roma. Permaneció con nosotros una hora; en seguida nos sirvieron el mayor banquete que se podía realizar, pero todo estaba tan perfumado de ámbar, que nunca probé salsas más extraordinarias y menos buenas. Hallábame en aquella mesa como un Tántalo muerto de hambre, sin poder comer. No había medio de lograrlo entre viandas todas ellas perfumadas ó llenas todas de azafrán, ajo, cebolla, pimienta y especias. Á fuerza de rebuscar dí con una gelatina ó manjar-blanco admirable, con lo cual me resarcí. Sirvióse también un jamón procedente de la frontera de Portugal, que era mejor que los de carnero tan ponderados en Bayona, y que los de Maguncia. Pero estaba cubierto de cierta grajea menuda que llamamos en Francia *non pareille* (*sin igual*), y cuyo azúcar se fundió en la grasa. Estaba todo él mechado con corteza de limón, lo que disminuía mucho su bondad.

Respecto á frutas, era la cosa mejor y más divertida que verse pudiera, pues habíanse confitado en azúcar, según moda de Italia, arbustitos enteros: ya comprenderéis que, por supuesto, los arbolillos eran muy pequeños. Había allí naranjos confitados de esta manera, con pajaritos artificiales pues-

tos encima; cerezos, frambuesos, groselleros y otros más, cada cual en un cajoncito de plata.

Nos levantamos presto de la mesa porque se aproximaba la hora de ir á ver á la Reina. Fuimos en silla, aun cuando había mucha distancia que recorrer y no escasa cuesta que subir, pues el Alcázar está fabricado sobre unos peñascos de prodigiosa altura, lo cual hace que la vista descubra desde allí un panorama espléndido y maravilloso. Delante de la puerta hay una gran plaza; luego se penetra en un patio de ciento sesenta pies de largo y ciento treinta de ancho, adornado con dos órdenes de pórticos y en la longitud con diez filas de columnas, cada cual de una sola piedra. Hay ocho filas en la anchura, y esto produce magnífico efecto. Pero lo que cautiva mucho más todavía es la escalera que está en el fondo del patio, siendo tan ancha como éste. Después de subir un tramo de algunas gradas, sepárase en dos ramales, y debe confesarse en verdad que es una de las más hermosas de Europa. Atravesamos una gran galería y salones tan vastos, y en los cuales había tan poca gente, que no parecía hubiese de estar allí la Reina madre de España. Encontrábase la Reina en un salón, cuyas ventanas estaban todas abiertas y dominaban el llano y el río. La tapicería, los cojines, las alfombras y el dosel eran de paño gris. La Reina estaba de pie, apoyada en un balcón, teniendo en su mano un gran rosario. Cuando nos vió, volvióse hacia nosotros y nos recibió con un aire bastante risueño. Tuvimos el honor de besarle la mano, que es pequeña, fina y blanca. La Reina es muy pálida, su rostro es algo largo y aplastado, dulce su mirada, la fisonomía agradable y el talle de mediano grosor. Estaba vestida como todas las viudas lo están en España, es decir, de religiosa, sin que se vea un solo cabello, y hay muchas (pero en este número no se cuenta ella) que se les hacen cortar cuando pierden á su marido, para dar mayor testimonio de su dolor. Advertí que llevaba lорzas alrededor de su falda para alargarla cuando está usada. No por eso digo que se alargue, pero tal es la moda en este país. Me preguntó cuánto tiempo hacía que salí de Francia, del cual dile cuenta; se informó de si en aquel tiempo se habla-

ba del casamiento del Rey, su hijo, con la Princesa de Orleans; le dije que no. Añadió quería hacerme ver su retrato, copiado del que tenía el Rey, su hijo, y encargó lo trajese á una de sus damas, que era una vieja dueña muy fea. Estaba pintado en miniatura, del tamaño de la mano, y metido en un estuche de raso negro por encima y terciopelo verde por dentro.—¿Encontráis, me preguntó, que se le parezca? Afirmé que no reconocía allí ninguno de sus rasgos. En efecto, parecía bizca, con la cara de perfil, y nada podía ser menos parecido á una princesa tan perfecta como la de Orleans, Me preguntó si era más ó menos bella que aquel retrato. Le dije que sin comparación era más linda.—Así, pues, replicó, mi hijo el Rey quedará agradablemente engañado, pues cree que este retrato es como ella y no es posible hallar mayor contento del que con esta sola idea disfruta.—Á mi parecer sus ojos atravesados me daban pena; mas para consolarme pensé que tenía talento y otras muchas buenas cualidades. ¿No recordáis, añadió dirigiéndose á la Marquesa de Palacios, haber visto mi retrato en la cámara del difunto Rey?—Sí, señora, contestó la Marquesa, y también recuerdo de que al ver á Vuestra Majestad quedamos muy maravilladas de que la pintura la hubiese sido tan desfavorable.—Eso quería deciros, replicó ella; y cuando yo llegué y eché la vista á ese retrato que me dijeron ser el mío, inútilmente traté de creerlo, no lo pude conseguir. Una pequeña enana, gorda como un tonel y más rechoncha que una seta, toda vestida de brocado de oro y plata, con largos cabellos que casi la llegaban á los pies, entró y vino á ponerse de rodillas ante la Reina para preguntarle si tenía á bien cenar. Quisimos retirarnos; nos dijo que podíamos seguirla, y pasó á una sala toda de mármol, donde había varios velones sobre escaparates. Sentóse sola á la mesa, y todas nosotras estábamos de pie á su alrededor. Sus azafatas vinieron á servirla con la camarera mayor, que tenía un aspecto muy triste; algunas de aquellas jóvenes me parecieron muy lindas; hablaron con la Marquesa de Palacios, y le dijeron que se aburrían horriblemente, y que estaban en Toledo como quien está en un desierto. Éstas se llaman *Damas de palacio*, y gastan chapines; pero las peque-

ñas meninas llevan sus zapatos bajos del todo. Los meninos son adolescentes de la más alta calidad, que no llevan capa ni espada.

Sirviéronse diversos platos en la mesa de la Reina: los primeros fueron melones helados, ensaladas y leche, de lo cual comió mucho antes de comer carne, que tenía bastante mal aspecto. No le falta el apetito, y bebió un poco de vino puro, diciendo que era para cocer las frutas. Cuando pedía de beber, el primer menino le llevaba su copa sobre una salvilla cubierta; poníase de rodillas al presentarla á la camarera, quien hacía lo mismo cuando la Reina la tomaba con sus manos. Por el otro lado, una dama de palacio presentaba de rodillas la servilleta á la Reina para limpiarse la boca. Dió dulces secos á D.^a Mariquita de Palacios y á mi hija, diciéndoles que no debían comerlos, que estropean la dentadura á las niñas. Me preguntó varias veces cómo estaba la Reina de Francia, y en qué se divertía. Dijo que le había enviado poco ha cajas de pastillas de ámbar, guantes y chocolate. Permaneció más de hora y media á la mesa, hablando poco, pero al parecer bastante contenta. Le pedimos sus órdenes para Madrid; nos hizo un cumplido en seguida, é inmediatamente nos despedimos de ella. No puede menos de convenirse en que esta Reina tiene mucho ingenio, y mucho valor y virtud para vivir como lo hace en un destierro tan desagradable.

No quiero se me olvide advertir que el primero de los meninos lleva los chapines de la Reina y se los calza. Es un honor tan grande en este país, que no lo trocaría por los más lucidos cargos de la corona. Cuando las damas de palacio se casan y lo hacen á gusto de la Reina, aumenta su dote con 50.000 escudos, y de ordinario se da un gobierno ó un virreinato á quienes las desposan.

Cuando estuvimos de regreso en el palacio del Sr. Cardenal, encontramos levantado un teatro en una grande y vasta sala, donde había muchas señoras á un lado y caballeros al otro. Lo que me pareció singular es que había un cortinaje de damasco en toda la longitud de la sala hasta el teatro é impedía que los hombres y las mujeres se pudiesen ver. No se

aguardaba más que á nosotros para comenzar la comedia de *Pyramo y Thisbe*. Esta pieza era nueva y más mala que todas cuantas había visto ya en España. En seguida los comediantes danzaron muy bien y la diversión no había concluído á las dos de la madrugada.

Sirvióse un magnífico banquete en un salón donde había varias mesas, y habiéndonos hecho el Sr. Cardenal tomar sitio allí, fué al encuentro de los caballeros, que por su parte quedaban servidos en otra habitación. Hubo una música italiana excelente, pues Su Eminencia había traído músicos de Roma á quienes pagaba grandes pensiones. No pudimos retirarnos á nuestros dormitorios hasta las seis de la mañana, y como aún tuviéramos muchas cosas que ver, en lugar de acostarnos, fuimos á la plaza mayor, que se llama *Zocodover*. Las casas que la circundan son de ladrillo y todas análogas, con balcones. Su forma es redonda; tiene pórticos bajo los cuales se pasea, y esta plaza es muy bella. Regresamos al castillo para verlo mejor con más vagar. Su fábrica es gótica y muy antigua, pero hay en ella algo tan grandioso que no me sorprende gustara más Carlos V morar allí que en ninguna otra ciudad de sus dominios. Consiste en un cuadrado de cuatro grandes cuerpos de edificio con alas y pabellones, y hay allí espacio donde alojar cómodamente á toda la corte de un gran Rey. Nos enseñaron una máquina que era maravillosa antes de romperse; servía para elevar agua del Tajo y la hacía subir hasta lo alto del Alcázar. Las fundaciones están todavía enteras, aun cuando han pasado algunos siglos desde que se hicieron. Se descenden más de 500 escalones hasta el río. Cuando el agua había penetrado en el depósito, circulaba por conductos en todos los sitios de la ciudad donde había fuentes. Esto era en extremo cómodo, pues ahora hay que bajar mucho para ir en busca del agua.

Fuimos á oír misa á la iglesia de los Reyes, que es hermosa y grande, y está bien adornada con naranjos, granados, jazmines y mirtos muy crecidos, que dentro de cajas arraiganse y forman calles que llegan hasta el altar mayor, cuyos adornos son extraordinariamente ricos. De suerte que á través de las ramas verdes y de las varias flores de diferen-

tes matices, viendo brillar el oro, la plata, los bordados y los cirios encendidos que ornan el altar, parece que los rayos del sol llegan directamente á nuestros ojos. También hay jaualas pintadas y doradas llenas de ruiseñores, canarios y otros pájaros, que forman un concierto encantador. Quisiera que también en Francia se adoptase la costumbre de engalanar las iglesias como lo están en España. Los muros de éstas se hallan enteramente cubiertos por fuera de cadenas y grillos de los cautivos que se rescatan en Berbería. Advertí en este barrio que en la puerta de la mayoría de las casas hay un azulejo, en el cual está la salutación angélica con estas palabras: *María fué concebida sin pecado original*. Dijéronme que estas casas pertenecían al Arzobispo, y que en ellas sólo viven obreros de los que tejen la seda, que son numerosos en Toledo.

Los dos puentes de piedra que cruzan el río son muy altos, muy anchos y muy largos. Si se quisiera trabajar un poco en el Tajo, los barcos llegarían hasta la población, lo cual sería una comodidad considerable; pero aquí son las gentes por naturaleza demasiado perezosas para considerar la utilidad del trabajo y tomarse la pena de acometerlo. También vimos el hospital de *Los Niños*, es decir, de las criaturas expósitas, y la casa de Ayuntamiento, que está cerca de la catedral. En fin, satisfecha nuestra curiosidad, regresamos al palacio arzobispal y nos acostamos hasta media tarde, á cuya hora volvimos á tener un festín tan espléndido como los anteriores. Su Eminencia comió con nosotros, y después de haberle dado tantas gracias como era debido, partimos para encaminarnos al castillo de Igariza. El Marqués de los Palacios nos aguardaba allí con el resto de su familia, de suerte que fuimos recibidos tan cordialmente que nada puede añadirse al buen trato y á los placeres que nos proporcionaron durante seis días, ya en la caza, en el paseo ó en las conversaciones generales. Cada cual hacía gala de su buen humor en competencia con los demás, y puede afirmarse que cuando los españoles se dignan abandonar su gravedad, estiman de veras y de veras aman, ofreciendo grandes recursos de diversión que les facilita su mucho ingenio. Se vuelven sociables, obsequiosos, ávidos de agradar, y me pa-

recen la más grata compañía del mundo. Esto es lo que he notado en la partida que acabamos de hacer.

Á fines del pasado mes de Agosto celebróse aquí la ceremonia de jurar la paz concertada en Nimega entre las Coronas de Francia y de España. Muchos deseos tenía de ver lo que ocurriese, y como no asisten mujeres, el Condestable de Castilla nos prometió hacernos entrar en la cámara del Rey, tan pronto como éste penetrara en el salón. Madama Gueux, Embajadora de Dinamarca, y madama de Chais, mujer del enviado de Holanda, fueron también allí. Pasamos por una escalerilla oculta donde nos aguardaba un gentilhomme del Condestable, y permanecemos algún tiempo en un hermosísimo gabinete lleno de libros españoles bien encuadernados y muy divertidos. Vi, entre otros, la historia de Don Quijote, ese famoso caballero de la Mancha, en cuya historia la frescura y gallardía de las expresiones, la fuerza de los refranes y lo que los españoles llaman *el pico*, es decir, la agudeza y finura del lenguaje, se revelan muy de otra manera que por las traducciones que de ella vemos en nuestro idioma. Dábame tanto gusto su lectura, que casi no pensé ya en ver la ceremonia, la cual dió comienzo tan pronto como el Marqués de Villars hubo llegado, y junto á una ventana cubierta por una celosías estuvimos mirando lo que pasaba. El Rey se situó al extremo del gran salón dorado, uno de los más magníficos que hay en el palacio. El estrado estaba cubierto con un tapiz maravilloso; el trono y el dosel, bordados de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas y otras piedras preciosas. El Cardenal Portocarrero estaba sentado en un sillón en la parte baja del estrado, á la derecha del trono; el Condestable de Castilla ocupaba un taburete. El Embajador de Francia sentóse á la izquierda del trono, en un banco forrado de terciopelo, y los Grandes quedaron junto al Cardenal. Cuando cada uno se hubo colocado con arreglo á su categoría, entró el Rey, y después de sentarse en su trono, el Cardenal, el Embajador y los Grandes sentáronse y se cubrieron. Un Secretario de Estado leyó en voz alta el poder que el Rey Cristianísimo había enviado á su Embajador. En seguida llevaron ante el Rey una mesita, con un Crucifijo y el libro de

los Evangelios, y mientras tenía puesta la mano sobre ellos, el Cardenal leyó el juramento por el que aseguraba conservar la paz con Francia. Hubo aún otras ceremonias, á las que no presté bastante atención para poder dar cuenta de ellas, y poco después regresó el Rey á su aposento, y nosotras salimos de aquel lugar. Permanecemos en el mismo gabinete donde nos habíamos detenido al principio, y como estaba tan cercano á la cámara, oímos al Rey decir que jamás había tenido tanto calor y que iba á quitarse la golilla. Verdad es que el sol calienta mucho en este país. Los primeros días de estar en España me vi agobiada por una extraordinaria jaqueca, con cuya causa no podía dar; pero mi parienta me dijo que dependía de cubrirme demasiado la cabeza, y que si no cuidaba de ello, podría perder la vista. No tardé en abandonar mi gorro y mis cofias, y desde aquel tiempo no he vuelto á sentir dolor de cabeza. En mi opinión, no puedo creer exista en ningún sitio del mundo un cielo más hermoso que el de aquí. Es tan puro que no se advierte en él ni una sola nubecilla, y asegúranme que los días de invierno son análogos á los mejores días que se vean en otras partes. Lo peligroso es cierto viento gallego, que sopla del lado de las montañas de Galicia; no es violento, pero penetra hasta los huesos, y algunas veces le estropea á uno un brazo, una pierna ó medio cuerpo para toda la vida, siendo más frecuente en verano que en invierno. Los extranjeros le toman por el céfiro y les encanta sentirlo; pero por los resultados conocen su malignidad. Las estaciones son mucho más dulces en España que en Francia, en Inglaterra, en Holanda y en Alemania; pues, sin contar con esta pureza del cielo, que no es posible imaginarse cuán hermosa es, desde el mes de Septiembre hasta el de Junio, no hace frío tal que no puede resistirse sin fuego; por esta causa no hay chimenea en aposento alguno, y sólo se usan braseros. Es una verdadera suerte que faltando leña, como sucede en este país, no se necesite. Nunca hiela más del espesor de dos escudos y cae muy poca nieve. Las montañas próximas surten de ella á Madrid durante todo el año. En cuanto á los meses de Junio, Julio y Agosto, son de un calor excesivo. Algunos días há, encontrábame en una